

# La bestia alcohólica. La triste historia de la cándida Eva y una cultura desalmada

*Janine RodilesHernández*

¿Dónde estoy? ¿Cuándo empezó todo esto? Me visto cansada, sin mirarme en el espejo. ¿Hace cuánto que este espejo no refleja lo que soy? Y realmente, ¿qué soy?

Todo se repite mecánicamente. El paso de las manecillas ¿a dónde se dirigen?... tic, tac, tic, tac. ¡Qué ensordecedor! Este sábado vi un río; su corriente avasallaba las piedras, recorría feroz los caminos. Qué lejos estoy de él. Soy agua estancada donde hace muchos soles el movimiento de la vida se alejó de mí.

Es la hora. Voy manejando para llegar a tiempo: el bullicio, el ruido y el vértigo del trabajo me tragan. Es mejor así. Escuché sus risas. En verdad que todavía las escucho.

Fueron tan brutales. ¿Por qué tuve que salir del baño en ese momento?

—La han ascendido de nuevo, realmente Eva es muy competitiva.

—Sí, es una perra en el trabajo y tiene agallas.

—¿Ya sabes por qué no usa minifalda? Porque si la usara se le verían los testículos.

Voy a beber. Lo sé. Me refugio en los tragos, en una barranca sin lágrimas. No sé por qué. Ya me emborraché. Dicen que hablé de los galanes que me persiguen, que soy una mujer muy asediada. Salí tambaleando: un hombre me llevó a mi casa y durmió conmigo. ¿Cuándo empezó todo esto? ¿Dónde estoy? ¿En qué tristeza ando? ¿Hacia cuál tristeza voy? ¿Cómo serle atractiva a la felicidad?

Este día es diferente. Ya no escucho el reloj. Las manecillas se derriten y una llama moribunda me habla de mí. Me veo caer en un precipicio y nadie puede detenerme.

¿Realmente tiene sentido detenerse? ¿Por qué sigo escuchando esas risas?

Hurgo en mis recuerdos para reconstruirme de entre las sombras. Lo único que me sostiene es el trabajo, me da reconocimiento, siento un grado de inclusión en la vida, en el quehacer humano; pero lo que hago no tiene nada que ver conmigo, no me gusta. ¿Cuándo empecé a ser un hombre? Volcándome en el torrente de las venas del mundo exterior, busqué puestos y ascensos, sometida a placeres inmediatos que me dejan un enorme vacío, tengo un departamento y vivo sola; ¿quién lanzó la red y me sacó del océano? ¿Dónde se quedó la vida? Es viernes y me despierta esa canción: *hoy puede ser un gran día, plantéatelo así...* Tengo su número telefónico desde el lunes, realmente debería llamarle, pero algo me lo impide. Lo haré más tarde. ¿Es necesario que lo haga?.

Ahí viene Ángel a mi privado... me gusta, es muy guapo, ¿tendrá novia?

—Eva, ¿vendrás a la fiesta?

—Sí, claro, nos vemos en el bar, ¿no? Los alcanzo a las once, porque tengo mucho qué hacer.

—Ya no trabajes tanto, ¡hombre!

Las risas nuevamente. Se me clavan en la sien. Puedo ver esas risas, me golpean. Debo hacer esa llamada ahora mismo. Lo sé.

—¿Es usted el doctor Mario Bejos?

—A sus órdenes.

—Necesito una consulta. Necesito ayuda, se lo agradeceré, si puede ser hoy mismo.

—Eva, si no puedes dejar de beber, debes pensar en internarte y prepararte para tu internamiento.

Hablé mucho y sólo recuerdo esas palabras... *si no puedes dejar de beber...* definitivamente no me voy a internar, pero, ¿realmente no puedo dejar de beber?.

—Ya vienen las fiestas navideñas, Eva y las tentaciones te van a acorralar, necesitas estar despierta y saber decir no, porque cuantas más veces digas no, más fuerte te sentirás. Acuérdate que el alcohol abunda, pero el alcohol que está afuera no es el peligro, el peligro está dentro de ti.

—Soñé con unos murciélagos, Mario, me atacaban en el cuello, me sacaban la sangre y me decían amenazantes: “no te metas con la mafia, o nos la vas a pagar”

—Entonces vamos bien, Eva, porque estás atacando la raíz del problema alcohólico, pero no le vayas a rascar los testículos al tigre porque te va a dar un zarpazo, y la mafia se va a defender. El alcoholismo es como un bebé que has alimentado por un largo período, te ha acompañado y permitido cierta catarsis, entonces desde el inconsciente te dice: “¿por qué me vas a destruir si somos amigos?” Así funciona la mafia, te hace cómplice de sus fechorías hasta el grado que no sabes dónde empieza tu alcoholismo y dónde terminas tú. Poco a poco ese bebé crece y se convierte en un *changuito*, entonces vas a las fiestas y te reciben con tu *changuito* y te dicen: “bueno, mira, ya sabemos que traes a tu *changuito*, que es tu bebé,

pero amárralo ahí para que no nos dé guerra. Y tú vas y lo amarras y ese día no bebiste tanto y te vieron salir media borracha pero no pasó a mayores. Pero el *changuito* crece y crece hasta que ya no es un *changuito*, entonces es un orangután, es una bestia. Y la gente ya no te invita a las fiestas porque saben que andas con el orangután, y como es tu hijo no puedes dejar solo, ni él a ti. La familia te rechaza y sabes que todos hablan de tu orangután, pero nadie te lo dice de frente. Hasta que el orangután te empieza a dar unas revolcadas tremendas, empiezas a tener accidentes y tus problemas por el alcohol crecen. Es cuando la bestia alcohólica anda suelta y ya no importa cuánto alcohol le des, o con cuánto pretendas empezar: una cerveza en lugar de una cuba, nada importa: te va a controlar. La bestia alcohólica es una mafia que vive dentro de ti y el trabajo es empezar a distinguir entre esa mafia y lo que tú eres. La mafia tiene voces que te ordenan que bebas desde algo muy profundo de tu inconsciente, vive en tu mente y te gobierna. Y ten algo seguro: son maleantes y no negocian.

—Esta noche soñé con la bestia. Estaba en mi casa y tenía mi forma pero era una bruja, yo le gritaba que se fuera y mi ira contra ella crecía. La atacaba, me le iba encima. ¡Le tenía tanto coraje! Lograba sacarla de mi casa pero ella me advertía que regresaría.

—Así es, Eva. Los alcohólicos anónimos dicen que uno solo no puede contra la bestia, por eso buscan el poder superior. ¿Has pensado en tener una vida espiritual? Fíjate que el famoso psicoanalista Jung tuvo un paciente alcohólico que no se podía curar con nada; lo habían intentado todo, incluyendo la hipnosis. Jung mismo pensaba que esa persona no tenía remedio, y como se sintió incapaz de ayudarlo le sugirió que buscara ayuda espiritual, quizá eso lo aliviaría. El paciente se curó después de haber sido un caso perdido. Más tarde Jung escribió un artículo explicando que el *spirit* del alcohol y sus estados embriagantes son en realidad una búsqueda de Dios, y que sólo un espíritu real puede contra un espíritu falso, es decir, contra la bestia.

Comienzo a distinguirme en el espejo. A preguntarme realmente quién soy. ¿Estaré despertando de esta pesadilla?

Abro el periódico y un artículo me atrapa: "¿Por qué los alcohólicos no saben elegir?": *Uno de los graves problemas del alcoholismo es hacer pensar a la persona que no tiene elección. La personalidad del alcohólico funciona como un sistema carcelario, en el que parte de las rutinas de sometimiento es el beber. El alcohólico no se pregunta qué le gusta hacer, cuáles son sus preferencias, se vuelve rígido y repetitivo. ¿Qué me gustaría hacer? ¿Realmente disfruto irme a las fiestas a beber?*

Comencé a correr todas las mañanas, voy a ir a nadar, quiero arreglar mi casa. Este fin de semana visitaré museos. ¡Cómo disfruto guisar! La soledad no es tan insípida, puede tener muchos sabores. Qué extraño me sabe disfrutarme a mí misma. Saber que puedo darme cosas buenas y cuidarme.

—Se trata de que te quieras, Eva, eso es todo. Que aprendas a ser tu propia madre y tu propio padre, que te cuides y tomes responsabilidad

de tu vida, que decidas qué te gusta y qué no te gusta. Pero si vuelves a beber, aunque sea una copa, la bestia te lo va a cobrar, porque ya la has abandonado por algún tiempo.

Y las recaídas son feroces, la bestia te hará pensar que sin ella no puedes vivir, que en realidad tus esfuerzos no valen, que nada va a cambiar y tú no sabes atrás de qué copa está el patrón compulsivo que te atrapa.

El espejo es ahora más claro. Este día es realmente luminoso, siento el viento que me toca la cara, como un saludo afectuoso y juguetón que me arranca una sonrisa.

Se lo agradezco.

Comienzo a verme como una sobreviviente de la guerra. Estoy más consciente del lugar donde vivo. Me voy.

He renunciado.

Veo por última vez mi oficina desde este décimo piso de Reforma y siento que tengo en mis manos una carta que dice: "presa número diez, cumplió la sentencia, déjenla en libertad".

Escucho el golpeteo de las computadoras, los teléfonos que no paran de sonar, las voces de los empleados que se pierden en una masa caótica de poder y competencia, de chismes y bajezas.

Efectivamente, sobreviví a esta guerra y ahora salgo de ella. Una caja de recuerdos queda de estos años, pero lo más importante es que llevo mi dolor y que ahora puedo tocarlo y confrontarlo.

Eso me hace más humana que un buen sueldo y un puesto distinguido en esta sociedad de miseria. Voy a empezar.

¡Qué bien huele el pasto cuando acaba de llover!

más artículos en: [www.infoadicciones.net](http://www.infoadicciones.net)